

Oportunidad histórica para el acuerdo Mercosur-UE: veinte años no es nada

Brian Berezovsky, Master en Administración Pública por la Universidad de Columbia y Director para América de AEI Public Affairs.

En 1995, dos años después del establecimiento de la Unión Europea y cuatro años antes de la introducción del Euro en los mercados financieros, se firmó el Acuerdo Marco de Cooperación Mercosur - Unión Europea. Es decir, uno de los primeros pasos de la UE fue el intento de crear uno de los acuerdos comerciales más grandes del mundo con un aliado natural y más de 20 años más tarde sigue ese proceso. Los avances recientes hacia la concreción del acuerdo suceden, paradójicamente, en un contexto geopolítico de retroceso de la globalización y el orden liberal. Europa está decidiendo si intenta recuperar su agencia como actor global y los países del cono sur empujan sorprendentemente al unísono por perforar las enormes fronteras comerciales autoimpuestas.

El acuerdo busca una asociación comercial, de diálogo político y de cooperación entre ambos bloques, creando una zona económica de 770 millones de personas y del 25% del PIB global. Elimina más del 90% de aranceles al comercio de ambos lados del Atlántico, reduce barreras no arancelarias, armoniza regulación fitosanitaria, laboral y de cuidado del medioambiente, entre otras acciones para una mayor integración birregional. Entre los numerosos beneficios, se estima un aumento del comercio de hasta 20% en el mediano plazo.

Si bien la Unión Europea miró rápidamente hacia el Mercosur en sus comienzos, lo cierto es que en las últimas décadas fue decreciendo su relevancia en la región. Durante la década de 1990, con la reforma del Estado y su consecuente boom de privatizaciones, la inversión proveniente de Europa se disparó en sectores como las telecomunicaciones y la energía, casi duplicando a la inversión proveniente de los Estados Unidos. Desde entonces ha mantenido en términos generales su stock acumulado pero no ha aumentado más su participación, concentrando sus nuevas inversiones en Estados Unidos y Asia.

En términos de comercio exterior, los países europeos eran los principales socios del Mercosur en la década de 1990. Sin embargo, desde entonces ha caído significativamente su relevancia comercial, especialmente frente al ascenso chino. China se ha convertido en los últimos años en el principal socio comercial, superando a Europa y Estados Unidos, comprando principalmente alimentos y vendiendo manufacturas, electrónicos y bienes intermedios.

En un momento de asedio militar al este por Rusia y político al oeste por Estados Unidos, la Unión Europea parece haber decidido reaccionar y recuperar la agencia de su propio destino. Bajo el paraguas de la “autonomía estratégica”, el continente europeo está descubriendo que prefiere que su suerte comercial, energética y de defensa dependa de sí mismo. En esta línea, ha decidido lanzar o reactivar acuerdos comerciales con gigantes como India, Indonesia, México y Mercosur, complementando los acuerdos ya existentes con casi todo el resto de países de América Latina y el Caribe. El objetivo, además de aumentar el flujo comercial entre ambas regiones es claramente recuperar su influencia histórica, en un contexto en que China se apalanca en Latinoamérica para proveerse de recursos naturales estratégicos y Estados Unidos considera nuevamente que debe cuidar “el patio de su casa”.

Por otro lado, Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay han decidido también posicionarse en el nuevo contexto global con libertad suficiente para relacionarse con todas las potencias a la vez. Mientras China seguirá siendo el principal socio comercial y Estados Unidos interviene -incluso militarmente- en América Latina para sostener su influencia, Mercosur está decidiendo que también tendrá un vínculo estratégico con la Unión Europea para no volverse completamente dependiente de un solo actor.

Tras veinte años de trabas e indecisión, hoy hay líderes del Mercosur y de la Unión Europea dispuestos a implementar por fin este acuerdo. En un contexto global de quiebre de la globalización y de jaque al libre comercio, la creación de una zona económica tan relevante es una muy buena noticia para los que todavía creemos en el comercio y en la cooperación como herramientas para estimular el crecimiento y reducir la pobreza. Lamentablemente, sigue habiendo fuerzas potentes al interior de ambos bloques que se oponen a este acuerdo y están tomando todas las medidas posibles, política y judicialmente, para frenarlo. Existe una oportunidad histórica para abrir un nuevo capítulo en las relaciones entre Europa y América Latina, otorgándole a ambas un posicionamiento más sólido y autónomo en el escenario global. Los lazos históricos y culturales entre las dos regiones son profundos y este acuerdo permitiría potenciarlos. Esperemos que esta vez prime el interés de la mayoría de los ciudadanos que se verán beneficiados y dejen de imponerse los que creen en el aislamiento. Si bien ha sido una negociación lenta y complicada, todavía estamos a tiempo de enderezar el barco y hacerlo llegar a buen puerto por el bien de nuestras sociedades porque, como dice el tango, “veinte años no es nada”.